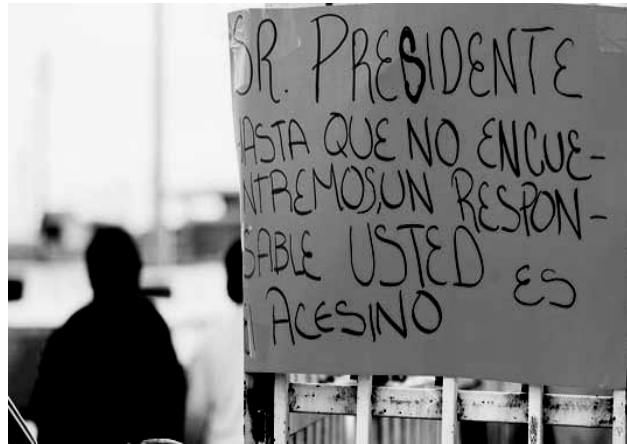


“¿QUÉ DEBE HACER EL PUEBLO DE DIOS ANTE LA VIOLENCIA?”

(Domingo 07 de febrero de 2010)
(No. 352)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



UNA PANCARTA DE RECLAMO AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

***“Líbrame, oh Jehová, del hombre malo; Guárdame de hombres violentos”
(Salmo 140:1)***

Por mi ministerio de pastor, soy un hombre que sigue de cerca las noticias, sobre todo las que tienen que ver con nuestra ciudad.

Por esto, a través de los medios masivos de comunicación, me he convertido en un espectador que no sale de su asombro, tristeza y sobre todo impotencia ante la barbarie que está sufriendo esta castigada y desolada población de ciudad Juárez.

Debo decir, que erróneamente ya me estaba acostumbrando a oír y a leer noticias de índole violenta; pero lo sucedido el sábado 30 del pasado enero, donde un grupo de rufianes asesinó a dieciséis personas, entre ellas, a jóvenes y adolescentes estudiantes, me ha conmovido más que las otras masacres.

Las autoridades tanto federales, como estatales y municipales son fieles a su antecesor Poncio Pilato quien ante la injusta condena y muerte de Jesucristo sólo atinó a lavarse las manos y declararse inocente: ***“Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros” (Mateo 27:24).***

Según las últimas declaraciones del presidente de México Felipe de Jesús Calderón Hinojosa, la matanza es un asunto de pandillas rivales. Con expresiones de esta naturaleza, el primer mandatario se lava las manos delante del pueblo. Lo mismo hacen las otras autoridades, cualesquiera que sean, civiles o militares, quienes con sus palabras y hechos, sólo manifiestan su incapacidad para dar una solución al tan llevado y traído problema de la violencia.

Por su parte, el pueblo ya no sabe qué hacer. En su desesperación lanzan reclamos a todos los gobernantes, organizan marchas por la paz, lloran, se deshacen de dolor ante los cuerpos muertos de sus seres queridos, se van de la ciudad y finalmente reprimen sus lamentos, su sufrimiento, sin poder hacer nada para aliviarlo.

Los maestros y mentores, dan cursos a los jóvenes para que estén alertas, que formen núcleos positivos entre ellos, que se cuiden, que sean precavidos. ¡Todo eso inútil ante las ráfagas de metralla que llegan hasta el mismo hogar de las víctimas!

La Iglesia Católica Romana, hace misas y rezos con el afán de dar un poco de consuelo a los dolientes. Sin embargo, tampoco nada puede hacer para frenar la ola indiscriminada de violencia.

Pero, ¿Será verdad que nada se puede hacer? ¿Puede el Pueblo de Dios hacer algo? ¡Creo que sí y mucho! ¿Qué dice la Santa Biblia?

1. Pidamos el perdón de Dios para esta ciudad.

Sí. Porque lo que está pasando es a todas luces un juicio divino.

Las Sagradas Escrituras nos dicen que Dios juzga a las ciudades. Tenemos ejemplos como Sodoma y Gomorra, las cuales el Señor destruyó por su maldad. En los profetas tenemos sentencias muy severas sobre ciudades importantes como Babilonia (Isaías 47); Nínive (Nahúm 1); Damasco, Gaza, Tiro, Edom, Moab y aún la misma Jerusalén (Amós 1 y 2); etc.

Dios ejerció su juicio justo y verdadero sobre esas ciudades.

Y nuestra ciudad no está exenta de un juicio así, sobre todo por la libertad que se ha dado al alcohol que corre como un río; a la droga que ahora es el más jugoso negocio de todos los tiempos; al tabaquismo, a la prostitución, a los antros, etc. todo esto avalado por la corrupción de las autoridades. Y ahora, se ha agregado un nuevo pecado más: los múltiples homicidios que no tienen freno.

Y Dios ve esto y lo castiga: ***“Porque así dijo Jehová de los ejércitos: Cortad árboles, y levantad vallado contra Jerusalén; esta es la ciudad que ha de ser castigada; toda ella está llena de violencia” (Jeremías 6:6).*** El original hebreo *makké* significa matanza, mortandad, carnicería.

Por esto, los que tememos a Jehová, debemos invocar el perdón de Dios para esta ciudad. En el Antiguo Testamento hay una ley muy notable. Se trata de la expiación de un asesinato cuyo autor se desconoce. Los ancianos de la ciudad debían sacrificar una becerra y pedir el perdón de Dios: ***“y protestarán y dirán: Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos lo han visto. Perdona a tu pueblo Israel, al cual redimiste, oh Jehová; y no culpes de sangre inocente a tu pueblo Israel. Y la sangre les será perdonada. Y tú quitarás la culpa de la sangre inocente de en medio de ti, cuando hicieres lo que es recto ante los ojos de Jehová” (Deuteronomio 21:7-9).***

2. Oremos con mayor fervor por esta ciudad.

Los cristianos decimos que oramos, tal vez sea cierto, pero no hemos hecho un compromiso verdadero, que demande sacrificio, inversión de tiempo y entrega a la intercesión.

En la Palabra de Dios hallamos muchos testimonios de grandes hombres que oraron intercediendo por su pueblo. Tenemos el ejemplo de Moisés que no fue sólo en una ocasión, sino en varias, las que él intercedió por el pueblo de Israel cuando Jehová había dicho que lo destruiría por causa de su pecado y maldad.

Moisés oró y ayunó cuarenta días y cuarenta noches por Israel: (1) Cuando Dios quería destruir al pueblo por haber fabricado el becerro de oro (Deuteronomio 9:18) y (2) Cuando Dios se volvió a enojar con ellos por no querer entrar a la tierra prometida (Deuteronomio 9:25). Moisés entendió lo importante que es orar por el pueblo y gracias a su intercesión Dios perdonó a Israel.

Así nosotros, debemos orar más y más por nuestra ciudad. Hacer cadenas, matutinos, veladas, jornadas de oración exclusiva por ciudad Juárez. Y es que nada puede ayudar más a nuestros conciudadanos que nuestra sencilla oración a favor de ellos.

Santiago nos dice que interceder por los demás es eficaz: “... **La oración eficaz del justo puede mucho**” (**Santiago 5:16**).

El apóstol Pablo también tenía la oración como un potente medio de auxilio para los de su nación: “**Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación**” (**Romanos 10:1**).

Esdras oró por su pueblo e hizo una larga confesión de los pecados de Israel delante de Jehová su Dios (Esdras 9:1-15).

Nehemías también oró a Dios confesando los pecados de Israel e implorando el perdón divino: “**Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado**” (**Nehemías 1:5-6**).

Daniel no se queda atrás y también oró por su pueblo confesando el pecado y pidiendo el perdón de Dios. Daniel suplicó que la ira de Jehová se apartara de la ciudad de Jerusalén: “**Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro**” (**Daniel 9:16**).

De igual manera, nuestra ciudad Juárez es el asombro del mundo entero pues se ha constituido como la ciudad más violenta.

Es pues, a nosotros, los cristianos que vivimos aquí, a quienes les toca orar, rogar, suplicar, interceder por esta población flagelada por tantos homicidios y crímenes de toda clase.

Sigamos el ejemplo de estos grandes hombres bíblicos y oremos fervientemente por nuestra “Juarezalén”.

Seamos como el salmista que aún viviendo en medio de hombres violentos, él oraba: “**En pago de mi amor me han sido adversarios; Mas yo oraba**” (**Salmo 109:4**).

3. Confiemos en el poder de nuestro Dios.

La Palabra Santa de Dios nos enseña que sólo Dios puede poner fin a esta guerra: “**Venid, ved las obras de Jehová, Que ha puesto asolamientos en la tierra. Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, Y quema los carros en el fuego**” (**Salmo 46:8-9**).

En su sermón profético, nuestro Señor Jesucristo dijo que habría guerras y rumores de guerras, pero ÉL dio una palabra exclusiva para sus discípulos: “... **no os preocupéis...**” (**Marcos 13:11**).

La máxima razón para no preocuparnos es que ÉL está con nosotros. ¿Cuándo deben confiar más los cristianos en su Señor, sino en tiempos de angustia, difíciles y de violencia?

Y es cuando sus hijos están en apuros, cuando el Señor se revela a sí mismo como el Dios protector que nunca nos dejará ni nos desamparará.

Es en momentos difíciles cuando todo el misterio de la Gracia se agudiza. Llega a su clímax la verdad de Dios y su Amor y su Poder se conmueven y estremecen a favor de sus hijos.

¿Quién es Dios para usted? Leamos, le invito a leer algunas Santas Escrituras, todas ellas en los salmos y todas ellas en el versículo primero: Salmo 23:1; Salmo 27:1; Salmo 46:1; Salmo 90:1. Ahora, ¿de quién dependemos? Salmo 91:1; Salmo 121:1.

Ante la llegada de todas estas cosas que están ya profetizadas, el Señor, en su mensaje de consuelo nos dice: ¡No os preocupéis!

Digamos como el profeta Jeremías: **“Más Jehová está conmigo como poderoso gigante; por tanto, los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán; serán avergonzados en gran manera, porque no prosperarán; tendrán perpetua confusión que jamás será olvidada”.** (Jeremías 20:11).

Tenemos que orar, esperar y confiar. En medio de tanto crimen, de tanta confusión, de tanta desesperanza; los cristianos tenemos que seguir afirmando que Dios es Soberano y que es el Señor de todo espíritu y de toda carne.

Si el Señor nos permitiera tener una visión del cielo, así como la tuvo Esteban, el apóstol Pablo y el apóstol Juan, creo que lo primero que veríamos es a Dios y a ÉL sentado en su trono.

Tomando el relato de Juan, el vidente de Patmos, dice que él miró una puerta abierta en el cielo y oyó una voz potente como de trompeta que es la misma voz del Señor Jesús, quien le invitó a subir para mostrarle las cosas por venir. Al instante, dice Juan, **“... estaba en el Espíritu...”**. Y lo primero que vio fue: **“... un trono establecido en el cielo; y en el trono, uno sentado”** (Apocalipsis 4:1-2).

La Biblia dice que Dios está en su trono. ¿Qué enseñanzas maravillosas nos da este mensaje?

Que Dios es Soberano. Todo está bajo su control. Todo está bajo su Soberanía. Que ÉL es el Rey y reina para siempre. No importa lo que pase en este mundo. Puede haber depresión económica, falta de trabajo, necesidades materiales y físicas. Puede haber guerras y rumores de guerras como ésta del narcotráfico. A veces, parece que el mal toma posesión de todo y que Dios ha perdido el control, pero no es así. Dios está en su trono Alto y Sublime. Dios sigue siendo el Señor.

Su trono está establecido en el cielo. Es incommovible. Nadie puede alcanzarlo, removerlo, tambalearlo o quitarlo.

Solo el trono de Dios es incommovible. ÉL es Dios Vivo y Rey Eterno. Tiene mucha razón el salmista cuando dice: **“Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino”** (Salmo 45:6).

Dios mismo dice que nadie puede levantar su mano contra su trono, es decir, tratar de usurpar su Soberanía.

En Éxodo 17:8-16 hay una historia muy interesante, se trata de un pueblo llamado Amalec que quiso arrebatar a Dios su señorío sobre el pueblo de Israel y alocadamente hizo guerra contra ÉL.

El Señor tomó aquella guerra como un intento de golpe de estado y entonces se declaró en contra de Amalec hasta acabarlo.

La historia nos dice que Amalec fue totalmente borrado, hasta el nombre, de sobre la faz de la tierra, primero por Saúl (1 Samuel 15) y finalmente por David (1 Samuel 30).

Tenemos que seguir creyendo que Dios es Soberano. Que todas las cosas que pasan, aún cuando son tan tristes como esa matanza de jóvenes estudiantes, están todas bajo el control del Señor.

Algún día comprenderemos perfectamente los por qué y para qué de tantas cosas que acontecen a nuestro alrededor.

Tenemos que seguir confiando que el Señor pondrá un alto total y definitivo a esta ola de violencia. ÉL es Dueño y Amo de todo ser humano. A través del profeta Jeremías nos hace una pregunta: **“He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?”** (Jeremías 32:27).

Esto quiere decir, que todo ser le pertenece. Nadie puede ocultarse o escapar de su Poder o de su Influencia. Dios es el Soberano y Ser Absoluto, nadie está a la par con ÉL, ni encima de ÉL. Por eso

es mi Dios Grande. Como me anima el pensar esto cuando parece que nada puede quebrantar los corazones de los sicarios. Pero Dios, es Señor de todo espíritu y de toda carne.

¡Sí! Dios toca los corazones, quebranta el pedernal, transforma las vidas, cambia completamente las cosas, convierte a las personas. Precisamente, refiriéndose a la salvación de gente difícil, el Señor Jesucristo dijo: “**...para los hombres es imposible, más para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios**” (Marcos 10:27).

¡Sí! ¡Sigamos creyendo en Dios!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL: “¿CÓMO NO CONFIAR EN DIOS?”

Los nombres de Dios nos revelan su carácter y naturaleza.

El-Shaddái. (Génesis 17:1) Ocurre cuarenta y cinco veces en la Biblia y nos dice que ÉL es Todopoderoso, Omnipotente.

Elhoim. (Génesis 1:1). Dios Supremo y de Poder Infinito. Ocurre dos mil trescientas diez veces en la Biblia. Con ese poder el Señor creó todo cuanto existe y con ese mismo poder sustenta todo el universo.

Adonai. (Isaías 6:1). Mi Señor. Ocurre cuarenta veces en la Biblia.

Jehová. (Éxodo 3:14). Yo soy el que soy. Nos habla de su eternidad, que ÉL es el que vive para siempre. Ocurre 6,823 veces en el A. T.

Dios es Dios, no temamos confiar totalmente en ÉL.

“No te impacientes a causa de los malignos... porque... serán pronto cortados...”
(Salmo 37:1-2)